

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACION.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

1. La Visita que hizo la Santísima Virgen á su prima Isabel, esposa de Zacarías, es el suceso que siguió á la Encarnacion, pues el evangelista San Lucas, acabando de referir este misterio, habla inmediatamente del de la Visitacion. Voi, pues, á explicaros en la instruccion presente este grande y lierno misterio, para seguir, cuanto me sea posible, al exponeros los dogmas, el encadenamiento de los sucesos en la historia de la Religion. He aquí los términos con que refiere aquel santo evangelista esta misteriosa visita.

3. "Por aquellos dias partió Maria y se fué apresuradamente á las montañas de *Judea*, á una ciudad de la tribu de Judá; y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Isabel. Lo mismo fué oír Isabel la salutación de Maria, que la criatura, ó el niño Juan, dió saltos de placer en su vientre: é Isabel se sintió llena del Espíritu Santo; y exclamando en alta voz, dijo á Maria: "Bendita tú eres entre todas las mujeres "y bendito el fruto de tu vientre. "¿Y de dónde á mí tanto bien, que venga la Madre de "mi Señor á visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que "has creído! porque se cumplirán *sin falta* las cosas que se te han dicho de parte del "Señor."

4. Ved aquí, amados hijos, en un relato breve y sencillo revelados los mas grandes misterios. El evangelista añade que Maria, despues que hubo concluido Isabel, dijo: *Mi alma glorifica al Señor*, y todo lo demás que contiene ese himno gratulatorio y profético que designamos con el nombre de *Magnificat*, y es mui generalmente conocido.

5. Tres cosas, pues, debemos considerar atenta y distintamente aquí, para meditar

con provecho este lugar del Santo Evangelio: primera, los motivos de religion y caridad que determinaron la resolucion y la conducta de María; segunda, los maravillosos efectos causados por su visita en la casa de Isabel; tercera, los sentimientos que inspiraron á María todas estas maravillas. De ellas voi á hablaros en la instruccion presente, segun el órden con que las acabo de enunciar.

I.

6. Recordaréis, amados hijos, que cuando la Santísima Virgen manifestó al Arcángel Gabriel su duda sobre cómo podía llegar á ser madre cuando no conocia ni habia de conocer varon, el enviado celestial, despues de haberla dicho que su maternidad seria por obra del Espíritu Divino, añadió: que su parienta Isabel, á pesar de su ancianidad, habia concebido un hijo, el cual tenia ya cosa de seis meses de estar en el vientre de la madre; pues ninguna cosa seria imposible para Dios. Inpuesta María, por la revelacion angélica, del milagro que Dios habia obrado para preparar el advenimiento del Santo Precursor, se ocupó desde luego mui atentamente en la situacion de Isabel; y esta circunstancia unida con las relaciones de parentesco y amistad íntima que con ella tenia, la resolvieron sin duda á emprender un largo viaje para felicitarla por aquella gracia singularísima que de Dios habia recibido y prodigarla los alivios y consuelos de su ternura. El Santo Evangelio no nos dice los motivos particulares que determinaron este paso; pero las relaciones que entrambas milagrosas madres habia, no ménos que entre Jesus y Juan, y los términos con que refiere su visita, dan bastante luz para comprender que aquel viaje habia sido emprendido al doble impulso, de la religion y la caridad.

7. El evangelista nos dice que María partió con apresuramiento, *cum festinatione*, y esta circunstancia basta para comprender que un motivo grave y urgente la hubo determinado. Mas no imaginéis que se propusiese llevar á Isabel la nueva de su maternidad, ó inquirir de ella misma el suceso que le habia revelado el Angel, sobre el estado en que se encontraba, no. Lo primero era un secreto profundo que encerraba en el fondo de su corazon de un modo tan absoluto, que ni aun á su mismo esposo José quiso comunicarle; y en cuanto á lo segundo, su fe habia sido tan completa, que no necesitaba ninguna confirmacion de parte de Isabel, y su discrecion era tan alta, que jamas habria tocado el punto inspirado por la curiosidad ni por un simple desahogo. Diverosos eran, pues, no hai que dudarlos, los motivos que impulsaron á María.

8. Este apresuramiento con que partió, supone, como he dicho, de parte del objeto, un doble carácter, cual era el de su importancia y el de su estrechísima urgencia; mas de parte de María estaba indicando un impulso de aquellos á que no es dado resistir, un sentimiento activo que ocupaba todo su ser. Ora hubiese sido particularmente ilustrada de Dios acerca de los designios divinos que en aquella visita se proponia, ora sintiese únicamente un impulso irresistible sin comprender su objeto, el hecho es que su apresurada marcha manifesta que acababa de tener, para emprenderla, una inspiracion divina. Porque decidme: ¿sin ésta, podría nunca explicarse la festinacion de María? Verdad es que sus relaciones con Isabel, de amistad y parentesco, su bondad y benevo-

lencia bastaban para explicar la visita. Esta era, si no del todo necesaria en un órden puramente humano, sí, en alto grado conveniente y provechosa. Mas no pasemos de aquí; porque aquí no hai nada que indique una necesidad de momento, un lance mui ejecutivo, uno de aquellos casos que demandan la prontitud y ménos el apresuramiento. Isabel contaba solo seis meses de su embarazo, y por otra parte ningun otro cuidado tenia que hubiera podido alarmar á la Santísima Virgen. Luego, si parte violentamente y con una festinacion tan desusada en la reposada y tranquila marcha de su vida, es, volveré á decirlo, porque se hallaba enteramente dominada y poseida de una divina inspiracion. Luego el primer motivo que determinó la visita de la Santísima Virgen fué su fidelidad absoluta y pronta en cumplir la voluntad del Señor, su correspondencia efícaçísima á las inspiraciones divinas; y este es un motivo de religion.

9. El segundo motivo de aquel paso fué la caridad; y digo la caridad, porque en ella se conciertan, en ella se perfeccionan y con ella se explican todos esos actos que redundan en favor del prójimo, cuando se dan por Dios y se dirigen á su gloria. Si en la conducta puramente humana usamos directa y principalmente de las palabras *amistad, parentesco, urbanidad, comedimiento, benevolencia, cariño, estimacion*, &c., &c.; en un órden tan elevado, como el que representa la conducta de María, es necesario usar estrictamente de esa palabra representativa de una virtud que consagra y diviniza en cierto modo cuanto se practica y ejecuta en favor del prójimo, la palabra *caridad*. María quiere dispensar á su parienta Isabel todos aquellos cuidados que debian contribuir á aliviarla en una circunstancia que demandaba ciertamente auxilios y socorros; mas al hacerlo, va siempre inspirada del amor de Dios, y debemos creer que se considera como un instrumento suyo para llevar el consuelo á la casa de Zacarías.

10. ¿Y cuántas virtudes no envolvia este paso de la Virgen Madre? No podia ella desconocer el rango que ocupaba, la altísima dignidad que el Señor se sirvió concederla; mas á pesar de esto, es la primera en dirigirse á Isabel, ninguna consideracion la detiene. Aunque Madre del Altísimo, no quiere renunciar al título que se dió á sí misma en el momento de saberlo, y siempre quiere aparecer y obra de facto como la *esclava humilde del Señor*. Ved aquí la mayor humildad. Su delicado sexo, su edad tierna, no son sin duda para emprender tan dilatado viaje; mas nada la detiene: su caridad es solícita, y su fortaleza grande para llevar á cabo el designio de un paso inspirado por el amor divino. De hecho á todo se sobrepone: emprende su camino en el rigor de la estacion, salva las montañas, penetra en la Judéa, entra en la ciudad y sorprende con su presencia inesperada el ánimo de la esposa de Zacarías. Observemos ahora lo que pasa entre las dos privilegiadas madres en aquel momento feliz, consagrado por la religion y por el amor: contemplemos ese cuadro misterioso; pongamos la consideracion en las maravillas que allí se obran, y verémos aparecer con toda claridad los designios ocultos que motivaron la visita de María.

II.

11. Lo mismo fué presentarse á la casa de Isabel, que saludarla, sin aguardar á que tal cumplido se previniese por parte de ella. La caridad es benigna, la caridad nun-

ca se fija en las consideraciones del amor propio, la caridad es humilde; y María, templo formado por esta santa virtud, olvida su altísima representación en la tierra, despliega sus labios, y saluda á su prima Isabel. Mas ¡qué importaba, me diréis, esta circunspectancia mínima en los grandes objetos de aquella visita? Importaba, no solo realzar á los ojos de la admiración las altas virtudes de María, sino tambien, y esto es lo principal, obrar los mas grandes prodigios. No es esta una piadosa conjetura, hijos míos, sino un hecho rigurosamente histórico, un hecho atestiguado con el acento de la abnegacion y la fiernsísima actitud del reconocimiento por la dichosa madre del Bautista. Oídad, si no; atended á sus palabras; estudiad aquel saludo magnífico articulado en sus labios por el espíritu de Dios, y no paséis desapercibido lo que narra de sí misma con motivo de la voz dulcísima de María.

12. Isabel tenia sin duda con la Santísima Virgen un trato tan íntimo como el que suponen sus relaciones de parentesco, las virtudes de ambas y la ternura propia de los afectos. No era María para Isabel una persona extraña, no era, como decimos nosotros, una persona de alto cumplimiento; mas en aquel instante todo parece cambiar: se diría que hai al mismo tiempo una destrucción y una aparicion: trasfórmasse la tierna Virgen de Nazareth á los ojos de la Esposa de Zacarías: no es ya la creatura de la intimidad familiar y la confianza; es la señalada desde la eternidad para dar á luz al Verbo que ha tomado carne en sus entrañas purísimas; es la Madre del Omnipotente, y en consecuencia, la Reina de los cielos y de la tierra.

13. Oíd, si no, lo que significan las palabras de Isabel: *Bendita tú eres, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¡Y de dónde á mi tanto bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme!* ¡Qué palabras, hijos míos! ¡qué sentido tan profundo! ¡qué conceptos tan misteriosos y sublimes! Ya sabéis que la Encarnacion del Verbo Divino era un secreto que no tenia en la tierra mas depositario que el corazon de María, la cual fué tan celosa en guardarlo, que ni aun quiso dar parte á su esposo José de la conferencia misteriosa que habia tenido con el Angel. ¡Cómo, pues, la Madre del Bautista, no contenta con apellidarla *Bendita entre todas las mujeres*, y consagrar un tributo de veneracion al fruto de su vientre, se muestra llena de admiracion, altamente sorprendida y arrobada en todo su ser, al verse honrada con la visita de una Virgen á quien llama con toda su fe *Madre de su Señor*? El Evangelista nos responde satisfactoriamente, cuando dice, que Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. Este Espíritu Divino, de sabiduría y de inteligencia, de consejo y de fortaleza, de ciencia y de piedad, como lo predica Isaías, comunicó á Isabel toda su inspiracion, dándola á entender el misterio de la Maternidad divina y encendiendo en su alma todos aquellos afectos que debian ser consiguientes á este celestial conocimiento.

14. Mas no solo tenemos que admirar aquí el que la Encarnacion del Verbo haya recibido un segundo testimonio de los labios de Isabel divinamente inspirada, sino tambien que considerar los maravillosos efectos que obró la presencia y salutacion de María. El Evangelista dice que al instante mismo la criatura que Isabel llevaba en su vientre, dió saltos de placer; y este hecho milagroso es atestiguado por la misma que le sintió dentro de sí, y aun propuesto como un argumento más de la verdad y exactitud con

que acaba de proclamar Madre de Dios á la Virgen María. “*¡Y de dónde á mi tanto bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme!* dijo, y en el acto añadió: *Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre.*” Ved aquí, no solo un milagro, sino un acontecimiento muy significativo. El hecho basta por sí mismo para comprender el carácter de María como Madre de Dios; pero además, el suceso representa el sentimiento de una señalada merced que Dios acababa de hacer en aquel instante al hijo de Isabel y Zacarías. ¡Por qué este hijo, á pesar de estar en el vientre de la madre, se apercibió de la presencia de María? Porque el Verbo de Dios estaba en el vientre de esta Virgen; y este Verbo Divino, Sabiduría y Omnipotencia, todo lo ilustra, y los mas grandes portentos ejecuta con un acto de su voluntad. Todo milagro denuncia la intervencion de un Dios; y si aquellos saltos de Juan en el vientre de Isabel constituyen un verdadero milagro, esto prueba que Dios residia en persona en el vientre de María.

15. Pero no nos detengamos aquí: tanto Isabel como el Evangelista, lejos de reducirse á la simple relacion del hecho, se adelantan á expresar sus motivos; no solo dicen que el niño dió saltos en el vientre de la madre, sino añaden que estos saltos fueron de alegría. Estas manifestaciones de contento prueban dos cosas: conocimiento del bien que se recibe, y expansion de este goce en el alma. Todos los Padres y escritores eclesiásticos están de acuerdo en que las maravillosas agitaciones de Juan en el vientre de Isabel fueron la manifestacion externa del gozo que le habia causado en su alma la divina infusion de la gracia; y como estas manifestaciones presuponen bien conocido y apreciado el bien que se tiene y que se goza, sobrados motivos hai para deducir del hecho mismo, que Juan recibió en aquel instante dichoso el uso de la razon. Hé aquí por qué el Padre San Bernardo, como al propósito lo nota Scío, “no duda afirmar que desde este momento el Espíritu Santo llenó este vaso de eleccion, y le preparó para que sirviese como de una antorcha que debia ir alumbrando “delante de Jesucristo.” Ved pues el efecto por excelencia ocasionado por la visita de María, y notad cuántos misterios encerraba el apresuramiento de su partida y la celeridad de su viaje.

III.

16. María, entretanto, absorta en la contemplacion de tan grandes misterios, guardaba un silencio profundo: su corazon, henchido de los mas nobles y tiernos sentimientos, estaba todo en el cielo. Mas al fin tenia que hablar: sus palabras debieron ser esperadas con impaciencia, porque siendo nada ménos que el Trono de la Sabiduría, era de esperarse que saliesen de sus labios las mas sublimes revelaciones. Desplégalas, en efecto, habla, y en el momento mismo se elevó hasta la Magestad del Altísimo aquel himno de admiracion, de reconocimiento y amor que repetis frecuentemente vosotros, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, y que tiene tantas luces para la inteligencia como sentimientos para el corazon, el cántico *Magnificat*. “Mi alma glorifica al Señor,” exclama la tierna y agraciada Virgen: “y mi espíritu está trasportado de gozo en el Señor Dios Salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la baja de su esclava:

“por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es *Todo* poderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama en generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazon de los soberbios. Derribó del s6lo á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos; y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo; segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y “su descendencia por los siglos de los siglos.”

17. ¡Qué palabras, hijos míos, podrían ser bastantes á encarecer la maravillosa comprension y el celestial contenido de este cántico? El ha sido siempre visto como un prodigio de sabiduría, como una fuente inagotable de sentimientos: él ha fundeado siempre á los mas grandes maestros, ha inspirado á los mas elocuentes oradores del cristianismo y sostenido el espíritu de las almas piadosas. Este himno es al mismo tiempo histórico, profético y místico: porque alude á los mas grandes y señalados acontecimientos del pueblo escogido, anuncia las ent6nces futuras glorias que la Iglesia de Dios asociaría constantemente al nombre de la Virgen Madre, y expresa todo lo que tiene de mas íntimo el santo y activo comercio del alma con su Dios. María toma en sus labios las palabras de la alabanza; pero esta alabanza va encaminada exclusivamente al dueño único del honor, de la magestad y de la gloria: *Magnificat anima mea Dominum*. María rebosa en un júbilo inexplicable; su alma toda está llena de consolacion y de gozo; pero guardaos de creer que el mundo y cuanto encierra tengan alguna parte en este sentimiento, no: María siente en Dios, goza en Dios, se recogeja solo para Dios, el Señor absorbe todo su ser, constituye la esencia de su felicidad: *Et exultavit spiritus meus in Deo salvatori meo*. Pero, si tal es el espíritu de esta Virgen, si desde el primer instante que fué concebida, su alma estuvo siempre en el Señor, ¿cuál será el objeto especialísimo de estos sentimientos, ó mejor dicho, el singular motivo de este júbilo tan solemne? María sin duda se refiere al altísimo privilegio de su maternidad divina; María goza porque es Madre de Dios; ella misma va á revelarnos el motivo de aquellos inefables trasportes. ¡Oh Virgen dichosa! ¡Oh privilegiada y excelsa criatura! ¿Por qué vuestros labios se abren para dar paso á la expresion sublime de vuestro gozo? ¿Dónde está esa ventura que en este momento os inspira y os hace entonar ese himno de entusiasmo y de amor? ¿Por qué vuestro corazon rebosa de alegría? “Porque el Señor, decís, “puso sus ojos en la bajeza de su esclava, dando con este don á todas las generaciones que vienen, un perdurable objeto de admiracion y de alabanza.” *Quia respexit humilitatem ancilla sua: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. ¿Lo habéis oído, católicos? ¿Habéis comprendido todo el primor inimitable de esta manifestacion de María? Estas palabras que acabáis de escuchar, no significan en sustancia, sino que María es Madre de Dios; pero su humildad se abisma de tal suerte con el peso de tanta grandeza, que ni aun se atreve á tomar en el idioma la palabra propia que le enuncia: no se atreve á decir “soi Madre de Dios;” su espíritu busca una expresion que tenga dos valores, por explicarme así; uno infinito para Dios, y otro modesto y aun pequeño para ella. *Puso los ojos en la bajeza de su sierva*, dijo, y cam-

plió al mismo tiempo con su piedad y con su modestia: exaltó á Dios, humillándose á sí misma. “Puso los ojos en la bajeza de su sierva.” ¡Qué pensamiento! ¡qué palabras! ¡qué finura tan delicada! ¡qué primoroso miramiento para todos los intereses de la virtud! ¡Cuándo se han explicado la elocuencia y la poesía de un modo mas tierno y mas sublime! Apoyada de esta suerte sobre su propia humildad y la Omnipotencia divina, María no teme volar con su prevision por el inmenso campo del porvenir, y contemplar frente á frente su propia gloria: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. No lo teme, no: porque esta gloria, estas generaciones arrobadas en presencia de tanta grandeza, esos siglos tributarios de la tierna Virgen de Nazareth, no son los efectos de su mérito propio, sino las obras maravillosas del poder del Altísimo. María confiesa en sí misma el don de Dios, sabe apreciar este don en su inmensa valia; pero nada la parece extraño, cuando le mira provenir directamente del poder del Señor: *Quia fecit mihi magna qui potens est*. María se mira pasar con cierta especie de culto al través de las edades; pero reduciendo este culto á sus propios límites, previene toda la ciencia teológica en este punto, manifestándose como un motivo, mas no como un objeto final. Todos la apellidarán bienaventurada; pero encaminarán sus homenajes al Santo Nombre de Aquel á quien exclusivamente corresponde el culto por esencia: *Et sanctum nomen ejus*. Mas no quiere contentarse aquella Virgen con hablar de su sola felicidad; pues ponderando las maravillas que en ella se obran, canta con toda la expansion de la caridad las esperanzas magníficas y los inmensos bienes del mundo redimido. *Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum*. *ambo y esta parte se quita en el himno*

18. Ved, pues, hijos míos, cómo este himno de la Virgen Madre ha sido rigurosamente profético. Mas no nos detengamos aquí; pues como he dicho, tiene al mismo tiempo un carácter histórico, y no parece sino que esta Señora, queriendo corroborar cuanto predice para el porvenir, vuelve una mirada sobre lo pasado, sobre la historia de su pueblo, cuyas páginas hacen resplandecer con caracteres indelebles el poder, la sabiduría y la bondad infinita del Señor. Habla de las obras de su poder, de los triunfos obtenidos contra sus enemigos; recuerda cómo ha derribado á los potentados del solio, y fija la atención sobre la bondad con que quiso exaltar á los humildes. ¿Y no es esto lo que á cada paso leemos en la historia del Antiguo Testamento? ¿No dan un testimonio al irresistible poder del Señor los triunfos de Miguel contra el ángel de las tinieblas, y aquellas ciudades malhechas devoradas por las llamas, y aquellos príncipes soberbios terriblemente castigados, y sobre todo, el indomable Faraon con su pueblo y con su historia? ¿No son estos los soberbios burlados en sus miras? *Dispersit superbos mente cordis sui?* No reconocéis aquí á los ámbitos del mundo lanzados de sus tronos? *Deposuit potentes de sede?* Volved á otra parte vuestros ojos; ved los prodigios obrados para la defensa, conservacion y engrandecimiento del pueblo escogido, y fácilmente comprenderéis que estos humildes exaltados por Dios (*exultavit humiles*), estos menesterosos benchidos de bienes (*esurientes implevit bonis*), son los judíos libertados del yugo de Faraon y enriquecidos con los despojos de Egipto.

19. María concluye su cántico evocando los recuerdos de los Patriarcas, para exaltar la magnificencia y el cumplimiento de las promesas. Dice que Dios, acordándose de

su misericordia, acogió á Israel su siervo, según la promesa que habia hecho á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos. Ya os he manifestado en otro lugar cuáles fuéron estas promesas y cómo ellas tuvieron todas su mas puntual y exacto cumplimiento. La predileccion del pueblo judío durante la antigua Lei, y la magnífica liberalidad con que Dios ha favorecido al pueblo cristiano durante la Lei nueva, bastan para comprender cómo en estas palabras con que María concluye su cántico de gracias, compendia en cierto modo la historia de los beneficios infinitos dispensados por Dios á los hombres, y cómo parecen reunirse aquí en la expresion de María lo pasado y lo futuro, para manifestar en el mismo resumen el carácter histórico y profético de su allocucion misteriosa.

20. Ved, pues, hijos míos, aunque mui brevemente enunciados, los puntos que ofrece á nuestra consideracion el misterio que os acabo de explicar: la visita de la Santísima Virgen á su prima Santa Isabel; los motivos que la determinaron, que son la religion y la caridad; los maravillosos efectos que su presencia obró en el Bautista y en su Madre, y los sentimientos inspirados en la inmaculada María por todos estos prodigios; hé aquí un objeto de veneracion y de culto, una fuente de instrucciones edificantes y una serie de ejemplos sublimes. Sea, pues, este santo misterio uno de los objetos mas tiernos de vuestra devocion: medítadle frecuentemente; penetrad el sentido de cada uno de los puntos que contiene; admirad los designios de Dios para con la humanidad en cada uno de los sucesos que encierra la historia de la religion; notad el maravilloso encadenamiento de todos ellos y cómo cada uno sirve de preparacion á los otros. Si Jesus, residente aún en el vientre de su Madre, la inspira la visita de Isabel, es para llevar la gracia al niño que esta santa mujer portaba en su vientre, para santificar á su Precursor. Si el niño salta de regocijo en el vientre de la madre, es para comenzar su carrera, dando el primer testimonio de su parte á la Divinidad del Mesías. Si Isabel, revestida del Espíritu Santo, reconoce y admira la felicidad que María conquistó con su fe, (*Beata, qua credidisti*), es para profetizar el cumplimiento de cuanto estaba predicho para la grandeza de la Virgen Madre: *perficientur in te ea que dicta sunt tibi á Domino*. Si María, por último, recoge todos sus sentimientos en un himno entonado á la grandeza y gloria del Señor, es para enseñarnos que á él, como á fin último debemos encaminar y referir todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones. Sed, pues, hijos míos, imitadores de nuestra Madre: todo en Dios, todo por Dios, todo para Dios, sea vuestra máxima, y esta máxima la expresion de vuestra conducta. Pensad y obrad de esta manera, y estad seguros que hará en vosotros cosas magníficas el Omnipotente en la tierra, y recompensará vuestras virtudes en el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMOACTAVA INSTRUCCION.

NACIMIENTO DE SAN JUAN.—CANTICO DE ZACARIAS.—NUEVOS TESTIMONIOS DE LA DIVINIDAD Y MISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

1. El segundo de los acontecimientos que tuvieron lugar despues de la Anuncion y procedieron á la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, fué el nacimiento del Bautista. El Evangelista San Juan, despues de remontarse hasta el seno de Dios, para manifestar la generacion eterna del Verbo, señalando al mismo tiempo los caracteres con que habia de aparecer en el mundo, nos dice: que este Verbo hecho carne fué precedido de un hombre llamado Juan, á quien Dios envió expreso para que viniese á dar testimonio de la Luz Eterna, que habia de remitir sus rayos por todo el Universo, á fin de que por este medio todos creyesen, es decir: reconociesen al Mesías como verdadero Dios y Hombre, se penetrasen de su doctrina, y entrasen en su reino, y cumpliesen su divina Lei. *Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum.*

2. Ya comprenderéis por aquí cuál es la importancia de este personaje, y cuán íntimas sus relaciones con Jesucristo Señor nuestro. El nacimiento del Precursor es un suceso altamente prodigioso, porque todo él está lleno de maravillas. Concebido en el vientre de una anciana estéril, pues que no habia tenido hijo ninguno; anunciado por un ángel á su padre Zacarías, que dnda en vista de la vejez y esterilidad de su esposa; castigada esta duda con la pérdida del habla durante el embarazo de Isabel; prevenido por divina revelacion el nombre que habia de llevar; dado este nombre contra las ideas reinantes y á pesar de la oposicion de todos; vuelto Zacarías al uso pleno de su habla en el acto de la circuncision de su hijo, é inspirado del Espíritu Santo para cantar la

futura redención de los hombres y enaltecer la muy elevada representación de su hijo; todo, todo figura en un orden sobrenatural: cada pormenor es una maravilla; cada cosa es un milagro; y de esta suerte la natividad del Bautista, con todo lo que á ella se refiere, ha sido constantemente uno de los sucesos mas ilustres de la religion. Despues de Jesus y de María, Juan es el único santo cuya natividad se celebra, circunstancia que basta de por sí para elevar nuestro espíritu hasta la altura del objeto. Voi, pues, hijos míos, á explicaros en este lugar la lección evangélica donde se refieren todas estas cosas, y que á la letra os transcribí en los números 52 y siguientes de mi décimacuarta instrucción, donde hablé de las promesas, figuras y anuncios del Mesías. Sin repetirla pues aquí, la explicaré punto por punto, á lo ménos en sus partes mas principales, dando á esta carta el carácter de una verdadera homilia.

I.

3. Acabando San Lucas de decir que María, despues de haber permanecido cosa de tres meses en compañía de Isabel, se volvió á su casa, continúa: "Entre tanto le llegó á Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió á luz un hijo. Supieron sus vecinos "y parientes la gran misericordia que Dios la había hecho, y se congratulaban con "ella."

4. En este sencillo relato, amados hijos, vemos el candor, la santa simplicidad y la piedad propia de un pueblo que no está pervertido con el refinamiento de la falsa política, ni aletargado con los vicios de una sociedad sin sentimientos. Este júbilo simple y amable que sienten en su corazón todos los vecinos de la Judéa en vista del parto de Isabel, nos hace admirar una naturaleza virgen gobernada exclusivamente por la religion. La benevolencia de un corazón recto, la caridad de una alma justa, la piedad de un espíritu religioso se admiran aquí por igual, y sirven al mismo tiempo de un ejemplo muy propio para gobernar nuestra conducta en el trato con nuestros semejantes. Ya sabéis que el alma de todo es la caridad, que esta virtud tiene á Dios por principio y por fin, y parte de Dios al hombre formado á su imagen y semejanza, y destinado á vivir unido con los otros con los vínculos del amor. Todo lo que hai de mas tierno en los sentimientos está en la caridad. Ella es benigna, como dice San Pablo, y por esto veis cuánto resalta la benevolencia en este sentimiento de alegría que el parto de Isabel difundió entre todos sus vecinos. La caridad jamás busca sus propios intereses ni echa á mala parte cosa alguna: por esto veís que aquel homenaje de los vecinos de Isabel está lleno de rectitud y sinceridad. La caridad predomina sobre todas las virtudes, porque teniendo á Dios por objeto inmediato, y su amor y goce por modo de ser, ha de vivir siempre: ved aquí por qué los homenajes de que os hablo, la alegría de aquellas almas sencillas viene á parar en Dios; pues el suceso que la causa está referido todo á su misericordia: *Quia magnificavit Dominus misericordiam suam cum illa.*

II.

5. Continuando su narración el evangelista, trata luego de la religiosa ceremonia de la circuncisión de Juan. "El octavo día, dice, vinieron á la circuncisión del niño, y

"llamáronle Zacarías, del nombre de su padre. Mas oponiéndose su madre, dijo: no por "cierto, sino que se ha de llamar Juan." Como insistiesen los circunstantes en su primera idea, fundados en la costumbre de dar al hijo el nombre del padre, apelaron á Zacarías, aguardando por ventura una resolución favorable á su sentir. Pero como éste había perdido el habla, segun sabéis, en castigo de la duda que manifestó al ángel cuando le anunció el nacimiento de Juan, le preguntaron por señas el nombre que su hijo debía llevar. "Entonces él, dice el evangelista, pidiendo la tablilla, ó sea recado de escribir, escribió así: "Juan es su nombre:" cosa que á todos llenó de admiración. He aquí las cosas mas notables que pasaron en el acto de la circuncisión de aquel niño misterioso: réstanos únicamente notar las lecciones de religion y moral que con su conducta nos dieron en aquella ceremonia los padres de San Juan y el pueblo mismo. ¡No advertís, amados hijos, en el noble y religioso proceder de aquellos ancianos un tipo muy perfecto del hombre en sus relaciones con Dios? Sumision pronta, fácil y absoluta á la voluntad divina; abnegación completa de la carne y de la sangre; celo exclusivo por la gloria de Dios: he aquí lo que debemos admirar é imitar al mismo tiempo con nuestras obras. Todos los instintos de la naturaleza, todas las inspiraciones del amor, todos los estímulos y alicientes del mundo se ponian de parte de la primera idea, la de dar al recién nacido el nombre de su padre. Este hubiera querido, como sucede á todos los que en su caso se encuentran, reproducirse y perpetuarse en toda su descendencia, haciendo correr por ella, no solamente su sangre, sino también su nombre; é Isabel podía imaginarse de esta suerte duplicar en cierta manera sus goces, viendo á su esposo en la persona de su hijo. Mas nada de esto tenia significado alguno para aquellas almas que vivian exclusivamente de la palabra del Señor. Sabian que quien había dado el ser á Juan, había prescrito igualmente su nombre; que este nombre era por sí solo una especie de trasunto del gran destino de aquella nueva existencia; que Juan no estaba destinado para los goces de la familia y el amparo de sus ancianos padres, sino para una misión mas elevada, para venir delante preparando los caminos con su palabra y sus ejemplos al Deseado de las naciones; que no daría ni á su padre ni á su madre los placeres domésticos, sino que apenas acabada su infancia, dejaría su hogar y á los venerables autores de sus dias, para llevar sus pasos al fondo del desierto y nutrir su espíritu en la escuela de la soledad con las altas lecciones de la sabiduría; que se desprendería de la carne y de la sangre, sería el tipo mas acabado de la penitencia y ansteridad, sin perder un momento la gracia, para figurar en cierto modo, aunque muy de lejos y en imperfecto cuadro, la imagen del Justo por esencia, que había de cargar sobre sus espaldas los pecados del universo y purificar con su preciosa sangre á toda la humanidad corrompida. Por esto, pues, Isabel primero y Zacarías en seguida, unisonos en aquella idea misteriosa, pronuncian sin vacilar, no como quien manda sino como quien refiere, que Juan es el nombre del niño que acaba de nacer: *Joannes est nomen ejus.*

6. No es ménos edificante y significativa la conducta del pueblo, en ocasión tan solemne, al saber la resolución inesperada de Zacarías. Acabáis de ver, amados hijos, el empeño de todos los circunstantes para que el niño recibiese al tiempo de su circuncisión el nombre de su padre: empeño tanto mas fuerte cuanto que no había querido ce-

der ni aun á la firme y resuelta manifestacion de Isabel. Pues bien: notad ahora la trasformacion que se obra en aquel religioso pueblo desde que comprende el carácter sobrenatural de aquel nombre misterioso. “Un santo temor se apoderó de todas las gentes comarcanas, dice el Evangelista, y divulgáronse todos estos sucesos por todo el país de las montañas de Judéa; y cuantos los oían, los meditaban en su corazón, diciéndose unos á otros: ¿quién pensáis ha de ser este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor estaba con él.” Ved aquí, volveré á decirlo, un ejemplo mui ilustre propuesto á todos los pueblos: ejemplo que si hubiese tenido siempre imitadores, ó para mejor decir, si no hubiese sido visto con indiferencia y aun contradicho por la conducta, la marcha de la sociedad católica habria sido mas expedita y ménos embarazada, y no tendríamos que llorar esas rebeldías de la inteligencia, esos extravíos de la razon, ese orgullo del propio sentido, que no tarda en aliarse con las pasiones, y que á tantos pueblos, ántes florecientes é ilustres, ha sustraído al magisterio sublime de la fe. Aquellos sencillos moradores de la Judéa muestran francamente su sentir, emplean toda su razon para sostenerle mientras tienen libertad para ello; mas desde el momento en que la voz de un profeta les hace escuchar la palabra de Dios, todos renuncian á su propia opinion, enmudecen todos, y ya no tratan sino de meditar en el suceso, encarecerle y dar por él á Dios la gloria, y al niño un tributo de admiracion. Ya desde entónces temen contrariar en lo mas pequeño lo que Dios ha querido manifestar: *Factus est timor super omnes*. Este temor se difunde por todas partes con la noticia del hecho maravilloso que le ha producido: *Et super omnia montana judæa divulgabantur omnia verba hæc*: no se habla ya sino de la criatura milagrosa, predilecta del Señor, engrandecida con el poder de su brazo; poder que todos sienten, admiran y veneran á la vista de tantas maravillas: *Etenim manus Domini erat cum illo*.

III.

7. Acabáis de oír cómo en el momento mismo de acabar de escribir Zacarías el nombre de Juan, para satisfacer de este modo á la pregunta que por señas le habian hecho los circunstantes, recobró el habla. ¿Y qué dijo entónces el anciano? ¿qué palabras articuló aquella lengua milagrosamente aprisionada y milagrosamente libre? Un himno celestial, gratulatorio y profético, en que canta las misericordias de Dios, los favores inefables dispensados á su pueblo, la visita de amor que acaba de hacerle, para que caigan sus cadenas, por el ministerio de un Salvador poderoso que suscita la casa de David, y cuyos anuncios han venido haciendo en la serie de los siglos esos personajes ilustres y santos que llamamos *profetas*:¹ un cántico donde el profeta dilata su corazón ante la perspectiva de una libertad prometida, largo tiempo esperada y suspirada, y por fin dichosamente cumplida; libertad de tantos y tantos enemigos conjurados contra la felicidad del hombre, ya del demonio con todas sus sugerencias y peligrosos amañes, ya del mundo con sus encantados prestigios ó sus falsos temores, ya, por fin, de la carne con

¹ Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis sue: et erexit cornu salutis nobis, in domo David pueri sui. Sicut locutus est per os sanctorum, quia á seculo sunt, prophetarum ejus.

sus impulsos frenéticos, sus tendencias y sus asaltos: libertad anunciada por Dios, en las efusiones de su misericordia desde los tiempos antiguos, á los Patriarcas, y prometida con juramento al justo Abraham para todos sus descendientes.¹ Esta libertad, al paso que nos emancipa del tiránico poder de nuestros enemigos, vivifica nuestras relaciones con Dios, quitando á nuestros homenajes toda zozobra y convirtiéndonos en una servidumbre de amor, en una dulcísima santidad, en una virtud que daría un curso pacífico y grato, á los ojos del mismo Dios, á toda la carrera de nuestra vida. Así se abandona el anciano á las efusiones del júbilo, del reconocimiento y de la esperanza en presencia de Aquel que no tardará en nacer, pero de cuyos pasos se apercebe, y á quien mira ya como presente. Mas, vuelto apenas de esta feliz emocion, conviérte sus ojos al tierno niño, y le rinde un tributo de respeto, sin embargo de ser hijo suyo. Á la vista del destino de Juan, parece olvidar que es hijo suyo, para considerar únicamente los grandes portentos de su carrera, la santidad de su vida, la grandeza de su misión y la magnífica recompensa de sus virtudes. ¡Oh niño!, exclama el tierno y respetuoso padre: “tú serás llamado el Profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor á preparar sus caminos, enseñando la ciencia de la salvacion á su pueblo, para que obtenga el perdón de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese Sol naciente ha venido á visitarnos de lo alto del cielo, para alumbrar á los que están de asiento en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.”²

8. Tales son, amados hijos, las palabras que vierte Zacarías por sus labios, en el momento de abrirles por la primera vez despues de muchos meses. ¡Qué lección tan elocente para nosotros! ¡Cuán to nos ha enseñado el Profeta con esto solo! Aquí vemos en primer lugar la presteza con que debemos consagrar al Señor las primicias de nuestros pensamientos, palabras y acciones: pensemos primero en su Magestad, y despues pensemos en las otras cosas: hablemos primero á su Magestad, y despues hablemos á los otros: cumplamos primero con su Magestad, y despues cumplémos con los otros. Digno es de notarse, que ni aun para responder á la pregunta de los circunstantes acerca del nombre que habia de ponerse al niño, tuvo habla Zacarías, y que no la recobró sino cuando no podía emplearse ántes en otra cosa que en la gloria del Señor. En segundo lugar vemos la direccion que debemos dar á nuestros sentimientos aun en el órden mismo de las cosas espirituales. De este carácter son todos los conceptos que vierte Zacarías: pero sus primeras palabras cantan la gloria de Dios, en seguida refieren sus designios de misericordia, y por último, se fijan en la misión y los destinos de su hijo. De esta suerte con tal ejemplo se nos advierte, que lo primero, aun en el órden del

¹ Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderant nos: ad faciendam misericordiam cum patribus nostris: et memorari testamenti sui sancti. Jurandum quod juravit ad Abraham patrem nostrum, datum se nobis.

² Ut sine timore, de manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi: in sanctitate et justitia coram ipso, omnibus diebus nostris.

³ Et tu, puer, propheta Altissimi vocaberis: præbis enim ante faciem Domini parare vias ejus: ad dandum scientiam salutis plebi ejus in remissionem peccatorum eorum: per viscera misericordie Dei nostri, in quibus visitavit nos, oriens ex alto: illuminare his, qui in tenebris et in umbra mortis sedent: ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.

espíritu, es la alabanza de Dios; lo segundo, sus designios de misericordia para con todos los hombres, ó sea el amor del prójimo; y por último, lo que inmediatamente corresponde á nosotros. En tercer lugar vemos resplandecer en este cántico el espíritu de la religion. Jesucristo, en su calidad de Mediador entre Dios y los hombres, de víctima propiciatoria que reconcilia con un Dios ofendido á un mundo delincuente, de sacerdote Eterno, único dueño y propietario del sacrificio, y capaz de santificar toda oblation y ameritar todas las obras, es y debe ser el centro de nuestro culto, de nuestro pensamiento y de nuestra conducta en el órden de la religion. El por lo mismo es quien llena en cierto modo todo este himno misterioso, inspirado al Profeta por el Espíritu Divino. Aquí el Mesías es tenido como presente, y el Profeta le alaba y venera como si le fuese á su vista. Todas las relaciones de su discurso vienen á reconcentrarse en Jesucristo. El es quien ha descendido desde las alturas para visitar á su pueblo; El es este Salvador poderoso que sale de la casa de David; El es el anunciado de los profetas como el futuro Libertador que hará caer de la cerviz oprimida de la humanidad el antiguo yugo, y de sus ligadas manos los pesados hierros. Por esto el Profeta se detiene absorto á la vista de este poderoso Rei, que viene ya con el objeto de avasallar todos los poderes conjurados contra el cielo, y de establecer en la tierra un reino inmortal, y de tender sus brazos como un asilo seguro á toda la humanidad que ya perece.

9. ¡Cuánto seria preciso detenerme, hijos míos, si me propusiese continuar explanando este sagrado texto! Mas mi discurso debe tener un término, y yo le pongo aquí exhortándoos muy vivamente á todos á meditar con provecho estos acontecimientos ilustres que la historia de la religion atesora; á contemplar en bien de vuestras almas el milagroso nacimiento de este niño que cautiva desde su cuna la admiracion y el respeto de los pueblos; á imitar en la abnegacion de Isabel y Zacarías el ejemplo mas visible de la conducta que debemos observar en nuestras relaciones con Dios, así como en el humilde rendimiento del pueblo la sumision que debemos tener á la palabra infalible y decisiva de la Iglesia católica; en la presteza con que dirige sus afectos á Dios el dichoso padre del Bautista en el acto de recobrar el habla, la prontitud con que siempre debemos estar para dirigir á Dios nuestros homenajes, colocando ante todo sus alabanzas, admirando los designios de su misericordia en favor de los hombres y reconociendo en nosotros mismos los prodigios de su bondad. Sea este mundo con todas sus ilusiones y prestigios, un árido desierto para vosotros, para que no domine ni vuestro pensamiento ni vuestro corazon; y entónces el sonido que salga de vuestros labios, semejará la voz del que clama en el desierto, y dirigida únicamente á preparar los caminos del Señor, vuestra carrera será venturosa, y al descender al sepulcro, os encontraréis en sus brazos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA REVELACION QUE EL ANGEL DEL SEÑOR HIZO A JOSE DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

Joseph, filia David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María, tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo.

Math. Cap. I, v. 20.

1 EL tercer acontecimiento sobre que llama especialmente la atencion el santo Evangelio, refiriéndose al intervalo de tiempo que medió entre la Anunciacion y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, es, amados hijos, aquella penosísima perplejidad en que José cayó á la vista del estado de embarazo en que se hallaba su purísima Esposa. Ya recordaréis que María Señora Nuestra reservó tan profundamente en su corazon el secreto de su conferencia con el Angel Gabriel, y de haber encarnado en su vientre purísimo el Unigénito del Padre, que no le llegó á comunicar á persona alguna, y en consecuencia, que José su esposo era del todo extraño á tan maravilloso acontecimiento. Sucedió por lo mismo, que cuando la Santísima Virgen volvió de la visita de Isabel á su casa, como ya manifestase exteriormente su embarazo, causó una sorpresa inexplicable con su presencia en el ánimo de su esposo. Tenia éste un conocimiento tan íntimo, una ciencia tan cierta de la pureza y santidad de María, que no pudiendo desconocer su estado ni atreviéndose á culpárle, guardó la profunda pena en su corazon, para pensar en el partido que debiese tomar. Despues del tiempo que se tomó para deliberar acerca de tan grave resolucion, adoptó el medio de dejar ocultamente á su Esposo